

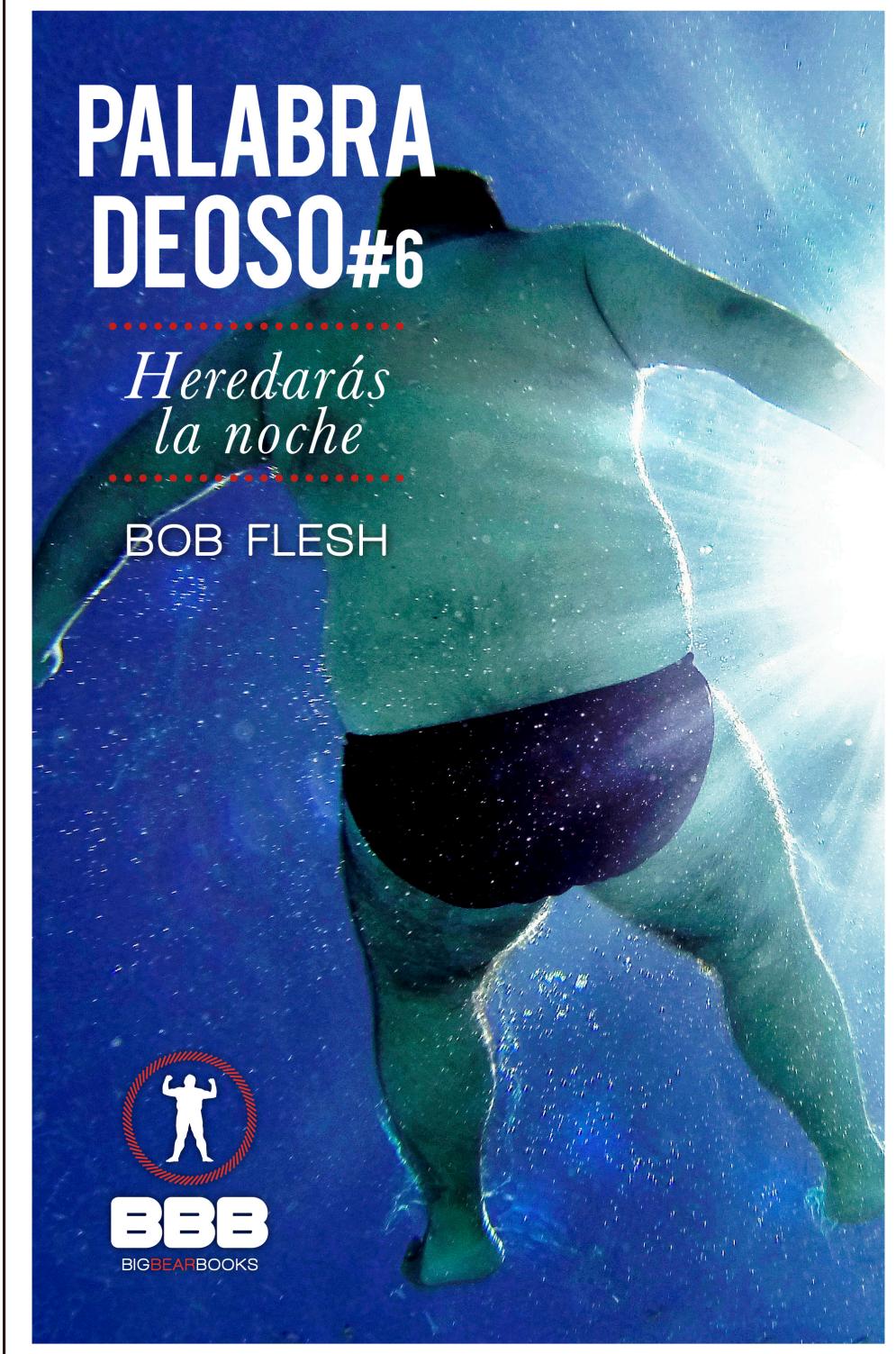
PALABRA DE OSO #6

*Heredarás
la noche*

BOB FLESH



BBB
BIG BEAR BOOKS



No digas que fue un sueño (porque no lo fue)

–Recordaba tu ojete más estrecho.

La nariz de Marc Kaplan se sumergía entre las nalgas de su gran oso polar Theodor con voracidad. Movía el rostro hacia los lados intentado encajar su perfil en aquel magnífico valle. Cuando se quedaba sin aire, se alejaba unos centímetros para respirar profundamente, como si se preparase para una larga inmersión en una piscina olímpica. En esos momentos aprovechaba para separar aún más las nalgas de su oso, como si acaso fuese posible instalarse en aquel acogedor lugar de un modo definitivo. Invariablemente, cuando Marc se hallaba inmerso en ese lúbrico trance, sentía la pulsión de colonizar el cuerpo de Theodor, su deseo desatado le animaba a pensar que podía penetrar en él de una forma absoluta. No se trataba ya de lamer aquel agujero de oso que se dilataba generosamente al menor contacto con su lengua, sino de la loca idea de poseer a Theodor literalmente, de entrar dentro de su cuerpo, de ocupar aquel

espacio. Desde que ambos amantes se habían reencontrado, meses atrás, Marc, más que nunca, se mostraba definitivamente insaciable.

—¡Quiero entrar dentro de ti!

La cabeza de Theodor emitió una risa contagiosa y ligera como el aleteo de una pluma. Permanecía a cuatro patas disfrutando de la intensa sesión de *rimming*. Su reencuentro con Marc le había sumido en una etapa vital de singular intensidad en la que cada minuto era importante. Tras permanecer dos largos años separados, tiempo agónico en el que ambos llegaron a perder toda esperanza de volver a verse, su vida en común había sido reanudada felizmente. Ahora Theodor estaba allí, sobre la cama, desnudo, ofreciéndole a su amante su más codiciado tesoro.

—Quiero comerte.

Marc se sentía consumido por la pasión, transfigurado por la experiencia sexual con el amor de su vida, con el que podía considerarse su mentor, tanto espiritual como carnal.

—Ábrelas.

La obsesión fetichista de Marc por las nalgas de Theodor se había multiplicado desde el reencuentro. En esta nueva etapa de su historia de amor, sentía cada centímetro del corpachón de su marido como una zona repleta de nuevos y fascinantes detalles. Cicatrices de una aventura

tropical, el eco lejano de una laceración, toda una geografía del dolor extinguido que la lengua de Marc se complacía en recorrer.

—¡No muerdas!

Theodor meneó el culo afanosamente, escapando de la boca depredadora de Marc. Últimamente le daba por morder. Marc se justificaba. Decía que un mordisco le proporcionaba seguridad, reafirmándole en el hecho de que, en efecto, aquello era real, es decir, Theodor estaba de nuevo junto a él, podía tocarlo con sus manos, devorarlo literalmente. Con todo, aquellos mordiscos acababan provocando risas en su víctima. A Theodor le divertía ver a Marc tan cachondo, como un caníbal famélico. Se sentía tan deseado como en los primeros tiempos, aquellos días en los que Nueva York era un escenario inagotable para sus encuentros sexuales.

El cuerpo delgado de Marc se tensaba como una cuerda, los músculos de sus brazos se inflamaban al separar las rollizas nalgas de Theodor. Con la mano derecha se masturbaba con avidez. Los gemidos de Theodor le avisaron de que estaban a punto de culminar la sesión. Los huevos de su oso se agitaron con violencia. La lengua de Marc se hundía en su ojete hasta lo más profundo. Theodor no pudo aguantar.

—Fuck yeaaaah!

Marc se afanó en relamer toda la zona del perineo mientras sentía las convulsiones de Theodor, mordisqueando a placer y pulsando las teclas oportunas. Ahora se masturbaba a mayor velocidad. Su mano se deslizaba por su enorme polla tiesa y se complacía en la erótica humedad del tacto. Cuando sintió el inconfundible hormigueo en la base de su bolsa escrotal, se incorporó y se preparó para eyacular furiosamente sobre las nalgas de su oso polar.

—¡Dioooooooooooooos!

Los chorros de leche caliente aterrizaron sobre su peluda espalda emitiendo un sonido compacto aunque apenas audible. Los muslos de Marc se endurecieron como el mármol mientras acababa de exprimir su rabo y se aseguraba de que ninguna gota más iba a descolgarse de su extremo. Una vez terminó, se dejó embargar por la relajación de todas sus extremidades y por la placentera sensación de deseo cumplido. Se derrumbó sobre la espalda de Theodor y ambos cuerpos desnudos quedaron unidos el uno sobre el otro en un dulce sopor a solo dos pasos de la calle del sueño.

—¿Qué hora es? —balbució Theo aplastado por el cuerpo de su joven marido.

—No lo sé.

—No deberíamos ponernos en movimiento?

—No.

—¿No?

—Ginny está en la ciudad. Todo saldrá bien. Podemos dormir un rato más. Hay tiempo.

Dos horas más tarde, Theodor se daba una ducha y Marc, que intentaba preparar algo parecido a un desayuno, oyó el timbre. Dejó las dos tostadas que se llevaba entre manos a medio untar y se dirigió hacia la puerta.

—Ginny.

—Marc.

Ginny le dio dos besos y se esfumó en dirección al salón con aires de sargento. Dejó a su espalda una ráfaga de caro perfume francés. Estaba inquieta, alterada, probablemente al borde de un ataque de nervios. Marc seguía sus pasos observando el movimiento de sus caderas.

—Hoy te das un aire a Sophia Loren. Cuando visitas España te vuelves menos neoyorquina y más *mia mamma*.

—¿Por qué me haces esto, querido?

—Ginny, es buena hora, llegaremos a tiempo.

—Sueño con el día en que no tenga que tratar con más artistas.

—En mala hora.

—Vístete —le ordenó—. ¿Y Theo?

Ginny era una mujer de armas tomar, madura, guapa, siempre elegante y altamente resolutiva. A Marc le iba muy bien tenerla de agente porque su carácter distaba mucho de ser disciplinado. En efecto, era un artista.

—¡Theodor! —gritó en dirección al baño.

El marido de Marc se hallaba en ese momento en la habitación, terminando de secarse con una enorme toalla. Su pie derecho se apoyaba sobre la cama mientras se esmeraba en secar cada centímetro de su piel.

Ginny estaba acostumbrada a la desnudez en general y a la de Theodor en particular, eran amigos desde los viejos tiempos, treinta años atrás en la gran manzana, cuando todo era nuevo y divertido, cuando la New Wave te invitaba a bailar con movimientos epilépticos y los peinados se expandían hacia el techo sin orden ni concierto. Ahora lo tenía frente a ella, con sus huevos colgando como dos melocotones maduros.

—¡Theodor!

—¡Dios mío, Ginny! ¿Cuántas veces te he dicho...?

—Theodor, la rueda de prensa comenzará en una hora.

—¿Puedes dejar de llamarme “Theodor” con ese tono? ¡Jesús! ¡Pareces una maestra de escuela! ¡Qué miedo!

Marc apareció en el vano de la puerta. Llevaba puestos unos calzoncillos Calvin Klein con la goma descosida. Con la mano derecha se llevaba una tostada a la boca, intentando que las migas cayesen sobre su mano izquierda.

—Me vais a volver loca.

—Ginny está enamorada —dijo Marc mientras masticaba su desayuno.

—Lo sé, lo lleva escrito en la mirada —replicó Theodor mientras besaba a su marido en la frente.

—No empecéis —interrumpió Ginny al ver los derroteros que tomaba la conversación.

—¿Cómo se llama él?

—John Durden.

—No lo hagáis. ¡No habléis de mí como si no estuviera presente! ¡Lo odio!

—Es un tipo atractivo —reconoció Theo.

—Y un artista más que prometedor.

Theodor se estaba poniendo unos calzoncillos de algodón de color blanco inmaculado. Se los ajustó a la cintura y Marc dio el visto bueno, dándole una buena zurra en su glorioso culo.

—Oooouch!

Ginny se había derrumbado sobre la cama. Había claudicado. Aquellos dos hombres iban a volverla loca. Marc se aproximó a ella y le

dio un beso en la boca. Esta vez fue él quien tomó las riendas de la situación.

—Por dios, Ginny, ¿qué haces ahí tirada? El mundo está a punto de conocer mi nueva serie de cuadros... ¡y cualquiera diría que te da igual!

—Si te digo que te odio me creerás?

—No.

—¡Te odio!

Anos

—Quiero decir, llamar *Anos* a tu nueva exposición, probablemente la más importante, la más esperada de tu carrera, ¿no te parece, si se me permite la expresión, un gesto provocador a la antigua usanza, es decir, anticuadamente rebelde?

El hall del MACBA, el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, se hallaba atestado de fauna artística. Por fin había llegado el día de la gran inauguración de la serie *Anos* y el evento revestía todas las formas de un auténtico acontecimiento, tanto social como cultural. Marc aguantaba el chaparrón de entrevistas con estoicismo, aunque empezaba a acusar signos de hartazgo.

—Eeeh... ¿anticuadamente rebelde? Discrepo, no me gusta esa expresión, no sé a qué te refieres.

Marc suspiró y se desabotonó el último botón de su elegante camisa blanca de Tom Ford. Le faltaba el aire y le sobraban los periodistas. Sobre todo en ocasiones como esta. Para colmo